

PRESENCIA DE GABRIEL MIRO

DESDE el 27 de mayo de 1930, fecha en que moría Gabriel Miró, hasta hoy, la obra del escritor levantino ha ido ganando lectores y amores; una mayor atención en la crítica, una creciente estimación de su arte. No sé si realmente a los jóvenes escritores que concurren cada año al Premio "Gabriel Miró" —este año un alicantino, universitario de Murcia, Gonzalo Fortea, ha sido el ganador—, la palabra de Miró les trae verdad y realidad. Ciertamente que en la crítica, repito, se ha ido precisando una valoración de Miró, no ya como lírico penetrado de una ecomión y una sensación cósmica del paisaje, desde la "vereda de los reinos", junto a Orihuela, hasta las costas muy precisamente, valores de creación novelista, y la subordinación de imágenes a una trama novelesca.

De esta manera se va afirmando su presencia. Una presencia que en muchos había existido durante años, antes de llegar a conocer directamente el paisaje de su obra. Desde la ventana de mi despacho de la Universidad de Murcia, mientras escribo estas líneas, anticipadoras de la conferencia que daré mañana en Alicante, veo abrirse el denso y tenso mundo de la huerta hacia las ásperas montañas en que se asienta Oleza, la Orihuela de la realidad. Ahora, y en recorrido por la ruta de Miró, guiado por la amistad de Vicente Ramos, este paisaje lleno de incitaciones para los sentidos, de contrastes de belleza y dureza, no es, sin embargo, una realidad fundida con la palabra del escritor. Cuando de muchacho leía por primera vez a Miró, en



mi paisaje ancho de la llanada del Guadiana, se me creaba un paisaje imaginado por la fuerza creadora del verbo de una prosa que penetraba y no cansaba. Pues siempre la realidad creada por una obra de arte es múltiple; hay la realidad interpretada por el artista, hay la creada en la transmisión en el espíritu del gozador de la obra de arte y puede llegar a haber otra que sea producto del choque de esa realidad personal del lector o contemplador con la que fue punto de partida de la creación estética. Ciertamente que pasando una y otra vez por calles de Orihuela, contemplando el Angel de Salzillo, o leyendo las páginas de "Años y leguas"; en Polop, en Guadalest, oyendo el agua del molino, de historia tan trágica, frente a la casa de Oscar Esplá en Aitana, podría haber temido una desaparición de Miró, una constatación de palabra y presencia real del paisaje. Pero ésa es la mejor prueba para advertir lo que de realidad convivente y paralela de co-realidad, tiene la obra de arte. En primer lugar porque en la contextura, o textura (como quieren decir los formalistas americanos y rusos), de una obra de arte, la tensión interna es tal que nada puede ser separado, ni tampoco puede crearse una imagen que no dependa de la totalidad del contexto. Pero además porque en Miró hay una encarnadura en él mismo del paisaje. El paisaje leído es él mismo, su palabra es su misma presencia. Una vez más hay que repetir la frase tan grata a Unamuno "cuando tocáis a este libro tocáis a un hombre". Por eso un libro auténtico de paisaje no es una guía, ni un remedio; hay que descubrir uno mismo el mundo, y sólo por el choque y la armonía o desarmonía de nuestra experiencia con las palabras vivas de un libro maestro podremos aspirar a esa síntesis nueva, que además puede variar según situaciones y circunstancias. Paisajes del alma eran los del Unamuno, paisajes de cuerpo y alma son los de Miró. Su presencia es una presencia humana.

Porque resulta que después de percibir lo que Miró tiene de exaltación de un paisaje, de su regusto sensual e infinito, de olores, tactos, colores y sonidos, de pronto los que se nos presentan, de verdad, con mucha más vida de lo que se cree, son sus personajes. En Miró, como en todo autor español, hay la presencia del personaje menor que en un momento es protagonista. El mundo aparece en perspectivas diversas, visto y sentido según la piel y el alma de sus personajes. Hay un personaje de "Nuestro Padre San Daniel", el epiléptico y atroz "Cararrajada", que lleva en su ser físico y moral la huella de la tragedia española de las guerras civiles; es un personaje riquísimo, no el mero contraste grotesco y trágico a otros más entonados o a la belleza



de las mujeres. Pero además en Miró hay una presencia humana que nos muestra la lucha entre la persona y el personaje, entre el hombre y la figura. Cada uno de los personajes de sus obras, empezando por él mismo, por el Sigüenza de sus obras autobiográficas, lucha entre lo que quiere o se imagina ser y lo que la vida le ha dado como existencia; entre la ilusión y el choque de las inmediatas situaciones.

Hay siempre una deuda con los artistas. En el instante privilegiado que es la honda vivencia estética, la medida de lo que tenga de experiencia verdadera, profunda y noble, es que posea unos armónicos de amor y gratitud, de convivencia profunda con el hombre de que nació ese mensaje que nos llega; sólo así se supera el filisteísmo o el regodeo del deleitante. Esta gratitud es ante todo expresar la convicción por la que el signo y símbolo que nos penetran representan una realidad nueva y creadora de nuestra realidad personal, de un mundo creciente y más rico en cada momento. Por eso creo que la presencia de Miró no es solamente una comunicación de mero gozo, no es solamente él testigo de un paisaje, sino testigo de hombres, de presencias humanas, en suma, de personajes, ante todo de este ser amigo que fue Sigüenza, penetrado del mundo mediterráneo y violento y lleno de amor a las criaturas, con el sarcasmo cuando choca la vida contra las formas muertas de ilusionísticos figurones, con patética lección de vida transitoria y lucha, que nos conviene aprender y recordar.

(Arriba, 26 de mayo de 1963)

